

PRECIO EN MADRID

(Lo mismo en la Administracion que en as librerías.)
Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

¡Ay! Bien lo veo, que no soy ciego ni tengo pelo de tonto—aunque me esté mal el decirlo:—en pocos dias hemos retrocedido muchas leguas, y cuando ya tocábamos, como quien dice, la realizacion apetecida de nuestros constantes deseos, caten Vds. que, sin saber cómo, nos hallamos más distantes que nunca de lo que llamaria yo santo advenimiento si no temiera herir la susceptibilidad cristiana de algun católico de oficio.

Este desengaño es para mí tanto más terrible cuanto era ménos esperado: habíame yo aficionado, lo confieso con cierto rubor, á la situacion agradable del poder en ciernes; aspiraba ya con fruicion indecible las áuras ministeriales; los aduladores empezaban á rodearme, los amigos me acariciaban, mimábanme las amigas, y todo era en mí dulzuras del alma, halagos para el amor propio, satisfacciones espirituales.

De pronto, y de la manera misma que en las comedias de magia acontece, hubo de sonar, sin oírlo yo, el silbido del maquinista, y la decoracion cambió por completo: allí donde poco antes veia rostros risueños, solo encuentro ahora ceños fruncidos; las cariñosas sonrisas hánse trocado en gestos de desden; los aduladores han huido, y tal cual amigo se permite dirigirme á hurtadillas alguna frase de compasion.

Aprended, flores, de mí lo que va de ayer á hoy.

Y ¿qué más? Los diarios esparteristas, que casi, casi habian llegado hasta conceder al partido republicano una benévola proteccion, tórnanse hoy para con él amenazadores é irritados, sin que falte quien nos llame poco ménos que bandidos y traidores, y no menciono lo de haraganes, porque eso es lo ménos duro que nos dicen. Yo confieso que todo eso lo merecemos y aun algo más; reconozco que los cargos son justísimos y merecidas las recriminaciones; pero vamos, siempre es duro ver que nuestros mismos deudos y amigos nos villipendien y nos ultrajen; hiciéranlo solamente nuestros adversarios de siempre, los que son por su naturaleza enemigos de todo progreso, refractarios á toda idea liberal, y nada diria yo; pero cuando un progresista, un hombre que quiere—á su manera—adelantar siempre, dirige insultos y lanza improperios contra el partido republicano, recuerdo la sentida frase de César: ¡Tú tambien, oh Bruto!

¡Tú quoque progresista!

Todo lo sufriria yo, sin embargo, con resignacion, porque al cabo el que tiene convicciones arraigadas, ni es impaciente ni ambicioso; pero ¡caramba! eso de tolerar ainda las ironias delicadas de tal cual progresista, que da en agudo, eso, vamos, excede los límites del sufrimiento.

¡Oh tú!, progresista del año 20, casi tan amigo de las reformas como nuestros labradores de Castilla!

me reconozco reo de lesa-nacion, porque al gobierno de un monarca—necesariamente tirano—prefero el gobierno del pueblo; me reconozco reo de leso-liberalismo, porque he proclamado que el progreso humano es incesante; imponme tú, patriarca de la libertad, el castigo á que me haya hecho acreedor; pero ¡ay! no me obligues á saborear tus amargas burlas. Todo ménos eso.

Todo consiste en que—como dijo el otro—la experiencia es madre de la ciencia,—y si no es precisamente su madre, tiene con ella cierto parentesco; de forma que aquella vulgarísima frase que anda de boca en boca, «contrí más viejo más pellejo,»—y ustedes perdonen la cita,—tratándose de los progresistas puede traducirse por la siguiente: «Cuanto más ancianos tanto más sábios;» por eso, porque tienen más experiencia.

Las lecciones de la experiencia han hecho comprender á los progresistas que si se inclinan hácia la union se convierten en reaccionarios, y que si adelantan hácia la cimbria pueden trasformarse en demócratas; entre ambos extremos, entre el progreso y el retroceso, la eleccion no es dudosa; y los hombres del 23, del 37, del 43, del 54 y del 56 renegarian de sus gloriosas tradiciones y de sus inmemoriales costumbres si no eligen, una vez más, el camino que conduce á la ruina de la revolucion.

Porque ellos saben que nada predispone más á la afeminacion que la prosperidad no interrumpida, y que, por el contrario, las adversidades, las persecuciones engrandecen los caracteres y purifican las almas. Por eso el partido progresista se las arregla de modo que nunca permanezca en el poder sino muy poco tiempo, lo suficiente para iniciar el planteamiento de sus reformas, y esto es lo que sin duda se propone hacer ahora. Al efecto; no sé quién de entre ellos ha sometido á sus correligionarios la luminosa idea de una reconciliacion con los unionistas, único medio de que la muerte sea rápida, y á más de rápida, ignominiosa; porque el sacrificio debe hacerse por completo.

Y ahora que hablo de sacrificios, recuerdo los que en nombre de dos monarcas, y por obra y gracia de sus gobiernos respectivos, se hacen á la sazón en el vecino imperio; unos cien mil hombres habrán quedado fuera de combate, muertos ó inutilizados en poco más de quince dias, y aun dice la reina Victoria—señora respetabilísima y cuasi-santa—que no parece oportuna la mediacion de las potencias europeas. Créo yo, no obstante, que la mediacion se interpondrá pronto, y que ya solo se aguarda á que hayan muerto otros cincuenta mil hombres, á que se hayan incendiado alguna docena de pueblos, para ver si ese asunto se arregla.

¡Y cómo y cuánto resalta en estos momentos la grandeza de espíritu, la elevacion de miras del go-

bierno romano! Apartando su vista del mundo y de sus miserias, Su Santidad, nuestro soberano Pontífice no tiene una palabra de consuelo para los que sufren, no tiene una bendicion para los que mueren en el combate, no revela en sus actos exteriores un sentimiento de compasion que le impulse á socorrer á los huérfanos y á las viudas; eso seria indigno del padre comun de los fieles, que á más altos asuntos debe consagrar su atencion; hoy, cuando los gobiernos ménos santos solo piensan en hacer que cesen cuanto antes esas escenas de horror y de sangre, que son el espanto del mundo y la vergüenza y el oprobio de una generacion que ha osado llamarse civilizada, el Sumo Pontífice, nuestro santo padre, dirige á sus embajadores una circular haciendo saber que lo de su infalibilidad es ya un hecho, y obligatoria la Constitucion promulgada al efecto por el Concilio.

Compárese la trascendencia de ese asunto puramente espiritual con los negocios mundanales, y, admirando al venerable matador de Monti y Togneti, que así se sobrepone á los sentimientos del débil y pobre género humano, habremos de compadecer á esas pobres señoras que pierden su tiempo haciendo hilas y allegando socorros para los heridos, y olvidan quizás suscribirse al dinero de San Pedro.

¡Qué poco alcanzan de catolicismo!

¡Nécias! Crean ellas en la infalibilidad, remitan dinero para sustentar el ejército pontificio; despues, que mueran abandonados y sin socorro todos los soldados prusianos y todo el pueblo francés, poco importa.

¡Oh grandeza incomprendible del Pontificado!

A. Sanchez Perez.

DOS FRASES.

Hay frases de una sencillez encantadora, que á veces resbalando anónimas y en todo indiferentes, adquieren, apenas pronunciadas, carácter lapidario, y se convierten en credo de generaciones y razas.

El primero que dijo en griego: «Aprende á conocer,» quizá lo dijo sin conocer la inmensa trascendencia de su dicho. Acaso lo profirió entre dos bostezos; acaso mascando distraido su mondadientes.

En los tiempos modernos se han hecho frases no ménos sencillas, como el «Ya es tarde,» espetado primero á Luis Felipe en febrero de 1848, y repetido despues al rey Bomba de Nápoles, y como el «Italia farà da se,» no ménos afortunadas.

Pero no son esas las frases que yo tenia presentes al coger la pluma, sino otras.

Por ejemplo: «El imperio es la paz.» ¿Puede darse frase más sóbria, más frugal? ¿No parece una de aquellas inocentísimas combinaciones de palabras, que con madura premeditacion suele proponer el pedagogo á sus alumnos á fin de adiestrarlos en la traduccion del español al latin sin fatigar su tierna inteligencia?

«El—imperio—es—la—paz.» ¡Qué llaneza, qué transparencia!... Hé ahí un ramillete de flores silvestres que, al principio del imperio napoleónico, se restregó mil veces por las narices todo hombre de negocios,

todo tendero, todo empresario, todo viajante de casa de comercio, todo corresponsal, todo rentista, temerosos antes de que el apellido de su emperador no fuese estímulo demasiado poderoso para que un día vieran á Francia comprometida á atacar á los que encerraron al primer Bonaparte en Santa Elena.

Y en efecto, el imperio con su conducta tranquilizó á todos los que temen, si no los estragos, los gastos de la guerra.

La Gran Bretaña no fué objeto de odio, sino de cortesía, para el nuevo emperador, y los que temían ver aumentadas sus contribuciones por causa de guerra en el Reino Unido, se chuparon los dedos de gusto al irse persuadiendo de que por aquel lado no padecerían merma alguna sus capitales.

El imperio no ha sido del todo la paz; porque hay casos de honra en que un emperador no puede, sin hacer un mal papel, consentir en que sus voluntarios súbditos pasen el tiempo dedicados á sus oficios y se devanen los sesos inútilmente por averiguar qué oficio desempeña el amo que llevan áuestas. En un imperio es menester, es indispensable que el emperador haga algo propio, algo que los súbditos no sepan hacer, para que se convenzan de que el tener un jefe inamovible é irresponsable no es una perniciosa redundancia.

Así por ejemplo: en la guerra actual, ó mucho me engaño, ó toda Francia debe de estar convencida de que si no hubiesen tenido imperio, en vano habrían tratado de poner á prueba el heroísmo de sus tropas; no habrían podido averiguar la bondad comparativa de sus ametralladoras; no sabrían á estas horas cuántos miles de chassepots se pueden fabricar cada semana en Francia, y hasta desconocerían por completo cuáles son el sistema militar, la táctica, el número de guerreros y la instrucción de sus adversarios.

De manera que, aun en el caso en que se ha desmentido la frase «el imperio es la paz», aun en ese caso, digo, la frase resalta más que nunca, y si no queda como recomendación para otro imperio, quedará como saludable aviso para todos los pueblos que se hallen en disposición de elegir entre las formas de gobierno que se les ofrezcan.

La otra frase de que yo quería hablar...

¿Qué delante de frase era esa que no la recuerdo?

¡Ah, ya sé! «La república es el desorden.»

A eso le llamo yo una bella frase.

Toda la serie de catástrofes que padecen los pueblos de Europa han nacido de la tendencia universal contra el espíritu de privilegio, contra las jerarquías, contra los poderes superiores á la sociedad, y el desorden va siendo tanto más hondo y trastornador, cuanto más contrariada se ve esa tendencia, que, según opinión general, conduce á la república.

«La república es el desorden.»

Y por eso la amamos todos los que no tenemos más propósito que medrar á expensas del sudor de los reyes y de los cortesanos.

Echese una mirada á todas las repúblicas de Europa, y se verá que, á pesar de sus apariencias brillantes, en el fondo son corrupcion y miseria.

Imagine cualquiera lo que desperdiciáramos de fuerzas activas en diez años de república.

El presupuesto de la casa real, ó sea lista civil, lo gastaríamos cada uno en pequeñas partidas, sin gloria y sin vernoslo nunca reunido en una gran cantidad, que es como da gusto ver el dinero.

En diez años, el presupuesto del clero quedaria, si á mano viene, desparramado en caminos entre montañas, caminos que nadie ve y que á fuerza de uso se descomponen y obligan de continuo á nuevos gastos para conservarlos.

La prosa se introduciría en la vida íntima compenetrándose por medio de las relaciones de los españoles entre sí; nadie querría ser menos ciudadano y menos libre que otro; las naciones vecinas harían burla de nuestros guisos á la pata la llana; adios, entonces, carrozas de concha y nácar; adios aquellos preciosos jardines y artificiosas fuentes que los monarcas suelen dejar ver á los profanos una vez al año; adios la poesía de celebrar á cañonazos todas las plazas fuertes el cumpleaños y los días de los chiquillos régios; la tristeza nos devoraría y el espectáculo de las pompas cortesanas de otros pueblos nos llevaría primero á la envidia, luego á la desesperacion; nadie querría trabajar, porque todo el mundo diría para sus adentros: si al fin y al cabo el fruto de mi trabajo no ha de ser para el rey ni para el clero, ¿á qué me afano?

Y... vamos, todo sería desorden, como expresa muy bien la frase que he citado.

Huid, oh pueblos, de los charlatanes que, so pretexto de labrar vuestra felicidad, os hacen olvidar los más sagrados deberes y os inspiran desprecio por lo más respetable.

Poned solo vuestra confianza en los que os hablen con sencillez, por medio de frases breves y claras, como por ejemplo:

El imperio es la paz.

La república es el desorden.

Roberto Robert.

CARTAS SENTIMENTALES.

Querido Teótimo:

Te escribo esta carta bajo una serie de impresiones dolorosísimas que agobian mi pobre corazón, que es, como sabes, el corazón de un partido entero.

¡Qué de decepciones, amigo mio; qué de peripecias contrarias, qué de desgracias irreparables nos han acometido estos días!

Ya sabrás, buen Teótimo, cuántas locuras hemos hecho, cuántos recursos hemos aprovechado, cuántos elogios pagados, serenatas á tanto la pieza y periódicos á tanto al mes hemos comprado; y cuando tan justamente veíamos cercano el encumbramiento del amo y por ende próximos á premiarse todos nuestros afanes, hé aquí que los reveses del ejército francés y la caída del imperio coloca á nuestro señor en el duro trance de elegir entre no llegar á alcanzar el trono ó renunciar generosamente á la corona (que todo viene á ser uno).

Tal están las cosas en Francia, que ó sube al poder Favre ó Thiers; si el primero, adios monarquía, y si el segundo, no hay que pensar en que el Orleans suba de precio en España.

Calcula, Teótimo amigo, nuestra situación. Al principio de la guerra fuimos afrancesados porque, impresionados por el entusiasmo bélico de Girardin y Ollivier, creíamos en el triunfo de las águilas imperiales, y esperábamos de ellas un tantico de apoyo; pero hoy que el nombre de Napoleon parece olvidado por nuestros vecinos, ¿qué podemos prometernos? ¿Qué nos importan sus derrotas ni sus victorias, si las tuviese? ¿A quién pediríamos hoy protección y amparo?

Pero aun esto es miel sobre hojuelas en comparacion con el porvenir que nos amenaza.

Una frase terrible corre hoy de boca en boca, y su sola pronunciaci6n embota mi pluma, arruga mi afligido corazón y convierte en torrentes mis angustiados ojos. «La república está encima,» dicen todas las gentes, y ¡oh amigo mio! que esta frase rebasa ya los límites de la metáfora para convertirse en una espeluznante realidad.

No: la república no está encima; ha bajado ya, está entre nosotros, mezclándose en todas las conversaciones, infestando la prensa, invadiendo la política temblona, amenazando con la espada justiciera, que es lo que más hemos temido siempre, como tú sabes bien.

La república está ya en la conciencia de todos y cada uno, y lo que es lo peor, prometiéndonos una era de paz y prosperidad. ¿Lo ves? ¿Lo oyes? ¿Lo entiendes? De paz, para que no podamos sacar nuestro *desquite*; de prosperidad, para que se nos hagan los dientes así de largos.

Prometé quitarnos las cesantías á nosotros que somos un ejército de cesantes; sacar á rifa los empleos, nosotros que los hemos ganado por gracia; quitarnos muchos soldados, que son nuestro elemento, nuestro apoyo; y divorciarnos de los curas, que son nuestro auxilio al propio tiempo que nuestro consuelo.

Ya ves que no solo ha llegado la hora de exclamar: ¿cómo viviremos? sino que podemos muy bien decir: ¿qué berrinche nos matará?

No creas, sin embargo, amado Teótimo, que estamos ociosos; hacemos esfuerzos sobrehumanos para defendernos en nuestras últimas trincheras; pero todos nuestros manejos se estrellan en las murallas de los libertidas (como ahora decimos).

Andamos solicitando aquella conciliacion que rompimos, y nos rechazan.

Acariciamos á los republicanos, y se rien de nosotros.

Nos hemos hecho simpatizadores de Prusia, y tampoco nos quieren.

Y, en fin, ni los motines, ni los folletos, ni las hojas volantes, ni los viajes, ni las limosnas, todo hecho por cuenta y á riesgo del amo, nos abren el camino de la reconciliacion, ni lo que aun es peor, el de los destinos.

Para fin de fiesta, para mayor dolor, como decia aquel, este desconcierto y esta indecision están á punto de dividirnos.

El marino quiere una cosa, Mira-birlongo quiere otra, el general Bum-bum tira de un lado, aquel progresista-pólipo tira de otro, y Rios-Rosas ni quiere lo que dicen estos ni lo que proponen aquellos, habiendo llegado el caso de no encontrarse conforme consigo mismo.

Como último recurso reservamos á Coronel y Ortiz, el cual es depositario de nuestra última esperanza. ¿Qué saldrá de él? Este es hoy el tema de nuestro partido: lo que saldrá de Coronel y Ortiz.

Hay quien propone la conveniencia de echar un manifiesto al país, firmado por los hombres de otros partidos que se hicieron amigos nuestros, pero esto también presenta sus inconvenientes porque algunos se niegan á ello. Esto es una inconsecuencia, toda vez que los hombres á que aludo son nuestros, nos pertenecen puesto que los hemos comprado.

Te digo que esto se está poniendo muy malo para los que nos hemos educado en la buena vida. Hace dos años que no se ve un besamanos, ni una funcion real, ni ninguna de esas orgías que en otro tiempo fueron nuestra delicia. ¡Gran Dio! ¿Qué va á ser de nosotros? ¿Qué negro porvenir nos reserva el amargo libro del destino?

¡Ah! ¡Permite que me desmaye! ¡Adios!

P. D. Abro esta para decirte que las cosas han cambiado de aspecto de ayer á hoy: ayer todo era llanto para nosotros; hoy es todo alegría. El ministerio nos busca, y si bien nos hacemos los desdenosos, pronto nos daremos á partido.

Victoria en toda la linea. ¡Viva el duque!

LA ÚLTIMA HORA.

Todo es curiosidad impaciente: el telégrafo está acusado de perezoso y tartamudo; el pensamiento ya y viene cien veces cada segundo de Madrid á Paris, de Paris á Madrid; se comparan los partes de origen francés con los de origen prusiano; se consultan cartas geográficas; el ejército que no anuncia una victoria ó un movimiento feliz, es considerado como en derrota; se espera la proclamacion de la república en Francia; se pregunta con asombro cómo es que esa proclamacion tarda; se va con pretextos á las embajadas por si se huele algo; se acude á las redacciones de periódicos; se sacan cuentas de muertos y heridos; se disputa sobre si los prisioneros mencionados en un parte son nuevos ó son del día anterior; se vive en espíritu dentro del teatro de la guerra donde no se vive, y en todas partes, en Madrid, en San Sebastian, en Zaragoza, en Barcelona, en Cádiz, en Valencia, se espera cada día la última hora.

España trasnocha.

Siempre espera que las últimas noticias de hoy le aclaren algun punto oscuro del día anterior.

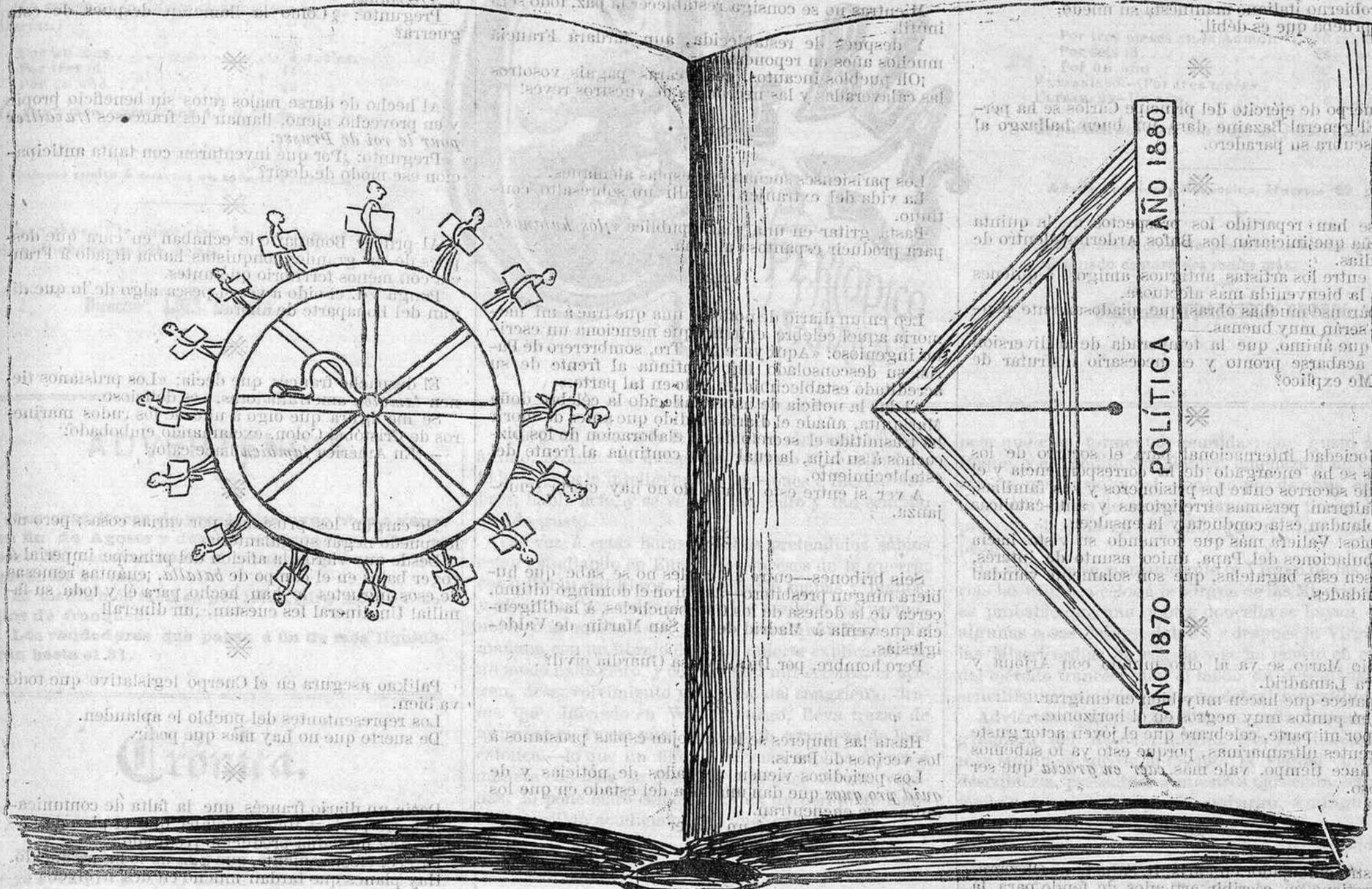
Si una division se mueve, hay que esperar la última hora para saber el propósito ó el resultado del movimiento. Si parece que un ejército avanza, se espera la última hora para averiguar á dónde se dirige y en dónde se detiene.

Si hay síntomas de batalla, á última hora se espera saber el resultado. Si no los hay, es preciso esperar la última hora para saber en qué consiste la inactividad.

Cuando las noticias de nuestro embajador no concuerdan con los cálculos echados por el público, lo cual sucede diariamente, nadie se acuesta sin que á última hora no haya tenido á lo menos una pelotera sobre las diversas interpretaciones dadas á las nuevas contradictorias.

El tema de las conversaciones de última hora es único, pero sus variantes son infinitos.

Los que desearían el inverosímil triunfo del emperador de los franceses, se desganitan contra los que se figuran que todo sería ventaja para nosotros si Prusia podía imponernos su voluntad; y estos y aquellos ahogan la voz del desapasionado que les anuncia los males que caerían sobre nosotros si cualquiera de



DOS PÁGINAS DEL LIBRO DEL PORVENIR DE ESPAÑA.

los d s soberanos obtenia un triunfo demasiado completo en la presente lucha.

A última hora se disputa sobre si los partes de nuestro embajador en París pueden calificarse de neutrales.

A última hora los bonapartistas dicen que la sencillez misma con que comunica el rey de Prusia a su familia los hechos de la guerra son el colmo del orgullo.

De doce a una, y aun de dos a tres de la madrugada, se disputa sobre las indispensables coletillas con que los noticieros por vocacion suelen completar y aclarar los telégramas incompletos y oscuros.

A última hora, es decir, cuando es ménos probable que se sepa nada nuevo, es cuando menudean los más nimios pormenores sobre aquellos puntos que no tuvieron explicacion fácil durante el dia.

Entonces es cuando se propalan los rumores más graves.

A aquellas horas en una esquina se refiere cómo pereció un general que al dia siguiente ha de aparecer vivo é ileso en los cuadros del ejército; entonces es cuando se da por proclamada la república en París, mientras en un café se asegura que los prusianos tras una derrota homérica han pedido en vano un armisticio; y en la taberna de enfrente hay quien apuesta que un cuerpo de tropas francesas se acerca al Pirineo, y que antes de veinticuatro horas el gobierno español habrá declarado á toda España en estado de sitio.

Yo no sé lo que sucederá en los demás países; pero sé que en España se tiene más imaginacion de noche que de dia. Y luego dirán que la imaginacion es efecto del sol!

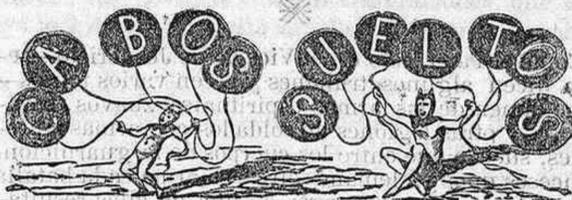
Hay hombre que sale de casa por la mañana sumido en la mayor ignorancia, y sin haber estudiado, ni leído, ni oido en todo el dia noticia alguna sobre la guerra, llega á última hora y se encuentra conocedor

del mapa de Europa, posesionado de los secretos diplomáticos, dotado del don de profecía, dueño de siete ú ocho métodos teóricos para terminar la guerra y explotar los sucesos en favor de sus ideas.

El sueño le vence, duérmese despues de haber charlado por los codos, y despierta tan pobre de noticias y conocimientos como el dia en que nació; pero no importa; lo sabrá todo, lo entenderá todo á última hora; sabrá por qué se ha perdido una batalla, aunque tal batalla no se haya dado, y censurará á los que despues de triunfar, pierden el tiempo y no siguen acometiendo.

Y todos, aunque se retiren á las tres de la madrugada, si ven luz en el ministerio de la Gobernacion, creen que hacen mal en no esperar la última hora.

Roberto Robert.



Paris es un campamento. ¡Qué delicia! ¡Cuán agradecidos estarán los buenos parisienses á su querido emperador!

Sospéchase ya que las batallas decisivas de la guerra de Francia se verificarán en las inmediaciones de Paris, no en Chalons.

Así, así, cerquita de la capital, para que la nueva Babilonia disfrute del espectáculo y participe de las ventajas, si las hubiere—que no las habrá.

La proclama del orleanista Trochu al tomar el mando de Paris ha parecido anti-dinástica á la prensa imperialista.

Hombre, no es extraño; á mí, que no soy partidario de Napoleon, me ha parecido lo mismo.

Le Peuple, diario de Paris, dice que se aproxima el dia en que, tomando la ofensiva con fuerzas inmensas, el emperador lanzará el ataque supremo contra el ejército alemán.

Hombre, hombre, me parece que ya debe no perder tiempo.

Ya creo yo que ha llegado el caso del esfuerzo supremo.

Consecuente El Imparcial en su caritativo propósito de enseñar al que no sabe, dice á los republicanos que los republicanos tienen intencion de levantarse en armas.

Pues mire Vd., no sabemos nada. En fin, si es que conviene decirlo así, hable usted claro y lo diremos; ya sabe Vd. que entre sastres no se pagan hechuras.

Segun cartas de Metz, los prusianos hacen guerra de hormigas.

Nunca se sabe dónde están y aparecen en todas partes.

Así se explican las sorpresas.

Estoy sospechando que el príncipe heredero prepara á los franceses una desazon.

Preveo otra sorpresa.

Parece probable que se reunirán las Cortes.

¿Quieren Vds. que les hable con franqueza? Pues no me conmueve la noticia.

Mazzini, el infatigable agitador, el republicano insignificante, ha sido preso en Palermo.

El gobierno italiano manifiesta su miedo. Eso prueba que es débil.



El cuerpo de ejército del príncipe Carlos se ha perdido. El general Bazaine dará un buen hallazgo al que descubra su paradero.



Ya se han repartido los prospectos de la quinta campaña que iniciarán los Bufos Arderius dentro de pocos días.

Hay entre los artistas antiguos amigos, á quienes damos la bienvenida más afectuosa.

Prepáranse muchas obras que, piadosamente pensando, serán muy buenas.

Con qué ánimo, que la temporada de la diversion puede acabarse pronto y es necesario disfrutar de ella. ¿Me explico?



La Sociedad internacional para el socorro de los heridos se ha encargado de la correspondencia y el envío de socorros entre los prisioneros y sus familias.

No faltarán personas irreligiosas y anti-católicas que aplaudan esta conducta y la ensalcen.

¡Impíos! Valiera más que tornando su vista hácia las tribulaciones del Papa, único asunto de interés, olvidasen esas bagatelas, que son solamente vanidad de vanidades.



Emilio Mario se va al otro mundo con Arjona y Teodora Lamadrid.

Me parece que hacen muy bien en emigrar.

Se ven puntos muy negros en el horizonte.

Yo, por mi parte, celebraré que el joven actor guste á las gentes ultramarinas, porque esto ya lo sabemos todos hace tiempo, vale más caer en gracia que ser gracioso.

¿Eh?



Nuestro embajador en Paris, D. Salustiano Olózaga, se entretiene en escribir artículos de fondo para la *Gaceta* por medio del telégrafo: con embajadores de ese calibre bien pudieran hacerse algunas economías á la redaccion del periódico oficial; y aun debieran hacerse, en efecto, porque no estamos para tantos gastos.

Ya lo dije yo hace dos años.

Buena, muy buena es la revolucion; lo malo es si Olózaga nos sale con alguna embajada.

Y salió con ella, ¡qué diablura!



La Juventud Republicana, periódico de Cádiz, se dirige al consabido candidato, haciéndole entender que se aleje de aquella poblacion.

Sí, sí, váyale Vd. á un Borbon con indirectas.



En una obra que publica *La Correspondencia de España*, ganadería de Mr. Ponsont du Terrail, leo: «Habeis seducido á Gretchen, gritó en voz baja la honesta viuda.»

Vive Dios, que las viudas honestas de Ponsont du Terrail gritan de un modo particular.

A ver, hágame Vd. el favor de decir cómo se grita en voz baja.



Un periódico neo-católico, cuyo nombre no quiero citar, porque nunca mereció el honor de aparecer en las columnas de una publicación digna, me increpa porque, según dice, *Gil Blas* se burla de una manera asquerosa é indecente (son sus voces más escogidas, ¡vocabulario católico!) del Papa.

Confieso mi debilidad: á pesar de haberlo visto en un periódico neo, me ofendió el suelto; yo pensé al pronto que lo habria escrito un hombre: despues he sabido que fué un cura.



Los periodistas franceses no saben qué inventar contra los prusianos.

Han inventado ya todo lo posible.

Es lástima que con tales invenciones no se consiga vencer á un ejército.

Ahora han dado en decir que compran franceses para promover alborotos.

¡Canario! Bueno es que la prensa francesa convenga en que hay muchos franceses que se venden.



Se piensa autorizar al Banco de Paris para que emita billetes de diez francos.

Mientras no se consiga restablecer la paz, todo será inútil.

Y despues de restablecida, aun tardará Francia muchos años en reponerse.

¡Oh pueblos incautos, cuán caras pagais vosotros las calaveradas y las necesidades de vuestros reyes!



Los parisienses sueñan con espías alemanes.

La vida del extranjero es allí un sobresalto continuo.

Basta gritar en una plaza pública «¡los hulanos!» para producir espantosa alarma.



Leo en un diario de noticias una que trae á mi memoria aquel célebre epitafio que menciona un escritor ingenioso: «Aquí yace Mr. Tro, sombrerero de Paris: su desconsolado hijo continúa al frente de su acreditado establecimiento, sito en tal parte.»

Al dar la noticia de haber fallecido la célebre doña Mariquita, añade el diario aludido que antes de morir ha trasmitido el secreto de la elaboracion de los bizcochos á su hija, la cual hija continúa al frente del establecimiento.

A ver si entre esto y aquello no hay cierta semejanza.



Seis bribones—entre los cuales no se sabe que hubiera ningun presbitero—atacaron el domingo último, cerca de la dehesa de los Carabancheles, á la diligencia que venia á Madrid desde San Martín de Valdeiglesias.

Pero hombre, por Dios, ¿y esa Guardia civil?



Hasta las mujeres se les antojan espías prusianos á los vecinos de Paris.

Los periódicos vienen atestados de noticias y de *quid pro quos* que dan una idea del estado en que los animos se encuentran.

Será un placer estar allí.



Mac-Mahon telegrafió antes de la batalla de Woerth, advirtiendo la desproporcion de las fuerzas enemigas: del cuartel general le contestaron: *Atacadas*, y atacó y fué vencido; luego dirán:

Francifredo es un canalla, que ha perdido la batalla.



Ahora me enteró de que ha salido de Tolon la cuarta escuadra francesa.

¿Pues dónde han ido y qué han hecho las tres primeras?



El Padre Santo consagrará al rey Guillermo emperador de Alemania.

Es cierto que el rey de Prusia es protestante; pero ¡bah! desde que Pio IX resultó infalible ya no se para en esas pequenezas.



Dícese que en cada compañía de los regimientos prusianos hay ocho tiradores encargados de disparar contra los oficiales enemigos.

Es de presumir que antes de tirar pregunten al interesado su posicion militar.



Como el Papa, esto es, el Vicario de Jesucristo—según dicen algunos truhanes y creen varios tontos—tiene (amen de las armas espirituales) zuavos, carabineros y otras legiones de soldados con armas materiales, sucede que entre los cuerpos de la guarnicion, franceses unos y alemanes otros, se arma cada batalla que ni la de Wissemburgo: en una de ellas resultaron cuatro muertos y trece heridos de los pacíficos transeuntes.

¡Canario, qué bromas gastan los servidores del Vicario de Jesucristo!



Trescientos mil prusianos más se lanzan sobre Francia.

Esto se parece mucho á una irrupcion de bárbaros.

Verdad es que los alemanes son hordas un poco más civilizadas; pero *mutatis mutandis*, Guillermo tiene mucha semejanza con Atila.



A la disputa promovida sin ton ni son ni pretexto plausible, la llamaban antes los franceses *querelle d'Allemand*.

Pregunto: ¿Cómo la llamarán despues de esta guerra?



Al hecho de darse malos ratos sin beneficio propio y en provecho ajeno, llaman los franceses *travailler pour le roi de Prusse*.

Pregunto: ¿Por qué inventaron con tanta anticipacion ese modo de decir?



Al primer Bonaparte le echaban en cara que despues de sus grandes conquistas habia dejado á Francia con menos territorio que antes.

Ponga Vd. el oido á ver si pesca algo de lo que digan del Bonaparte de ahora.



El despacho francés que decia: «Los prusianos tienen tambien ametralladoras,» es delicioso.

Se me figura que oigo á uno de los rudos marineros de Cristóbal Colon, exclamando embobado:

—¡En América tambien hace calor!



Me cargan los prusianos por varias cosas; pero no los puedo negar su galanteria.

Desde que vieron la aficion del príncipe imperial á coger balas en el campo de batalla, ¡cuántas remesas de esos juguetes le han hecho para él y toda su familia! Un dineral les cuestan, ¡un dineral!



Palikao asegura en el Cuerpo legislativo que todo va bien.

Los representantes del pueblo le aplauden. De suerte que no hay más que pedir.



Decia un diario francés que la falta de comunicacion entre Paris y Metz revelaba que el plan de Bazaine aun no habia producido resultado.

Parece, efectivamente, que aun no le ha producido. Hay planes que tardan mucho en desenvolverse.



A una reunion de orleanistas conceden gran importancia los periódicos de Paris y aun los nuestros. Más será el ruido que las nueces.



Las Novedades y *El Puente de Alcolea* no pueden ocultar su alborozo.

Y, sin embargo... al freir será el reir.



Señor director de Comunicaciones, si el no haber atendido á mi reclamacion anterior reconoce por causa mi delito de haber omitido el tratamiento, recuerde *su ilustrisima* mis antiguos hábitos, que eran tambien—en tiempos más felices—los de *su ilustrisima*. Poco aficionados éramos *su ilustrisima* y yo á tratamientos—y perdone *su ilustrisima* que establezca esta especie de comunidad entre un pobre escritor y *su ilustrisima*.

Yo hago voto de no olvidar en lo sucesivo el tratamiento: váyanse los que hoy haya de más por los que faltaron el otro dia.

Y vamos al caso, si *su ilustrisima* no lo ha por enojo.

Existe en Puigcerdá un suscriptor mio, persona muy estimable, que paga puntualmente la suscripcion, y que es de presumir que pague con la misma puntualidad las contribuciones: pues bien; este apreciableísimo suscriptor, á quien yo sirvo con exactitud, solo *dos números* de *Gil Blas* ha recibido en lo que va de mes, y esos con cuatro dias de atraso.

Usia ilustrisima, que es tan ingenioso y que todo lo mira, ¿no podria hallar un medio de que ese mal se corrigiera?

Es ese casi un deber de *su ilustrisima*.

Sin embargo, no sabe *su ilustrisima* cuánto habré yo de agradecersele á *su ilustrisima*.

No olvidarlo: es en Puigcerdá.



La Liberté asegura que los gastos ocasionados por la tala de los bosques de Boloña y Vincennes lo pagarán los prusianos.

Se conoce que *La Liberté* ve en lontananza la posibilidad de pedir limosna.

Solo así se explica.